

Entrevista al Profesor Michael Lavalette

Carmen Verde Diego

Ana I. Lima Fernández

Traducción de Inés Martínez Herrero

Resumen

En el siguiente artículo se presenta la entrevista realizada a Michael Lavalette, trabajador social en múltiples facetas: docente en la universidad, investigador, Director de la revista científica *Critical and radical Social work*, promotor de la red por la defensa de los servicios sociales públicos SWAN, activista social y defensor de una práctica profesional comprometida.

Michael Lavalette se declara “trabajador social radical”, dentro de la tradición marxista iniciada por el movimiento de la reconceptualización iberoamericana. Cada una de sus respuestas es un estímulo para los y las trabajadores/as sociales de España y de todo el mundo que han de afrontar las políticas de “austeridad” con la defensa de la dignidad humana y la justicia social.

Ha sido un privilegio contar con sus aportaciones para nuestra revista. Le agradecemos desde aquí su generosa disponibilidad y su inteligente contribución.

Palabras clave

Trabajo social radical, SWAN, servicios sociales públicos, justicia social.

Abstract

The following article is about an interview with Michael Lavalette, multifaceted social worker: teacher at the university, researcher, Director of the Scientific Journal “Critical and Radical Social work”, promoter of the network for the defense of public social services SWAN, social activist and advocate of a committed professional practice.

Michael Lavalette defines himself as “radical social worker”, within the Marxist tradition initiated by movement of Latin American reconceptualization. Each of his responses is an incentive for social workers from Spain and the world, who face the policies of “austerity” with the defense of human dignity and social justice.

It has been a privilege to have his contributions to our Journal. We appreciate his generous availability and intelligent contribution.

Keywords

Radical Social Work, SWAN, public social services, social justice.

Carmen Verde Diego

Ana I. Lima Fernández

Traducción de Inés Martínez Herrero



Michael Lavalette es profesor catedrático de trabajo social en la Universidad Liverpool Hope, en Reino Unido. Además es el coordinador nacional y uno de los fundadores de la Social Work Action Network (SWAN), una organización de trabajo social radical y crítico, y editor junto con Iain Ferguson de la revista *Critical and Radical Social Work* y de una colección de libros llamada *Critical Debates in Social Work* (Policy Press). Michael se doctoró en Paisley University (Escocia) en 1992, habiendo dedicado su tesis al estudio del trabajo infantil, y tiene una amplia trayectoria de publicaciones sobre temas tales como el trabajo social antirracista, capitalismo y deporte, trabajo social con adultos, la historia del sistema de Bienestar en Reino Unido o sobre práctica e historia del trabajo social radical en Reino Unido y a nivel internacional. Michael también cuenta con una importante trayectoria en política local y es un carismático y reconocido activista comprometido con el impulso de la justicia social a distintos niveles¹.

Algunas de sus últimas actividades como la puesta en marcha de la Social Work Action Network (SWAN) tienen la pretensión de

concienciar sobre la defensa de los Servicios sociales públicos frente a los ataques del neoliberalismo ¿Qué es, en realidad SWAN, cómo nace y por qué creyó necesario en estos momentos ponerla en marcha?

La Social Work Action Network (SWAN) se formó en 2004. Sus orígenes se encuentran en un manifiesto, "The Manifesto For Engaged Practice" [Manifiesto para una Práctica Comprometida], que fue escrito por Chris Jones, Laura Penketh, Iain Ferguson y por mí en 2002. El Manifiesto surgió de una serie de preocupaciones que teníamos cada uno de nosotros.

En primer lugar, Chris Jones había llevado a cabo una investigación con profesionales de primera línea acerca de los cambios que estaban teniendo lugar como resultado de la expansión de una cultura cada vez más burocratizada dentro de los departamentos de trabajo social y servicios sociales. Él encontró que: (a) los trabajadores sociales se enfrentaban a una creciente carga de trabajo y trabajaban cada vez más horas, (b) éstos tenían que dedicar más tiempo a rellenar formularios que al trabajo con los usuarios de los servicios, (c) había menos recursos disponibles para trabajar y para apoyar a los usuarios, (d) existía una cultura basada en el cumplimiento de objetivos que presionaba a los trabajadores sociales para cerrar los casos (incluso cuando eran conscientes de que estos casos se tendrían que volver a abrir rápidamente), (e) como resultado, los trabajadores sociales sufrían cada vez más estrés laboral, dándose altos niveles de bajas por enfermedad, y por último, (f) que había una rotación de personal muy alta.

En segundo lugar, Iain Ferguson y yo habíamos estado estudiando el impacto de la privatización

y la externalización de los servicios sociales. Sosteníamos que un nuevo trabajo social “neoliberal” estaba siendo promovido por el Gobierno, el cual se centraba en el control de los usuarios y trataba a éstos como “consumidores” de paquetes de ayudas. Además, habíamos desarrollado nuestras ideas teóricas sobre el trabajo social a través de las categorías marxistas. Habíamos argumentado que algunos de los principales conceptos marxistas -como la alienación, por ejemplo- podrían aplicarse con éxito al trabajo social y ayudar a la comprensión de la vida de los usuarios y, en un libro más general sobre el Estado de Bienestar llamado *Rethinking Welfare* (Sage 2002), argumentamos que una perspectiva marxista sobre el bienestar y los servicios públicos era posible y de mayor valor explicativo que los enfoques más tradicionales del trabajo social.

Laura Penketh había estudiado el impacto social de la desigualdad social sobre comunidades minoritarias y sobre las mujeres. Le preocupaban los efectos del neoliberalismo sobre las mujeres y las familias.

Los cuatro éramos “de izquierdas” en cuanto a nuestro pensamiento político. Pero teníamos diferentes perspectivas y puntos de partida. El Manifiesto era una declaración amplia de intenciones y una crítica al daño que la privatización, la burocratización y el neoliberalismo estaban haciendo a nuestra profesión.

Pero los cuatro habíamos participado también en el movimiento “anti-capitalista” (o de Justicia Global) surgido de las protestas que tuvieron lugar en la Tercera Conferencia Ministerial de la OMC en Seattle, en 1999. Dentro de este nuevo movimiento, activistas y académicos estaban tratando

de lidiar con el impacto social del neoliberalismo.

Iain Ferguson y yo empezamos a escribir sobre el impacto de los movimientos sociales en el trabajo social tanto en aquel momento como históricamente. Sosteníamos que el verdadero cambio en el trabajo social rara vez nace desde dentro de la profesión, sino que éste es un reflejo de la actividad de los movimientos sociales y de su impacto en la profesión.

Así que para nosotros, si queríamos renovar el trabajo social, si queríamos rechazar el neoliberalismo y la burocratización en la profesión, lo mejor que podíamos hacer era abrirnos a los nuevos movimientos sociales, lanzarnos a la lucha por un mundo mejor y repensar el trabajo social como parte de este proceso.

Después de publicar el Manifiesto, organizamos una serie de reuniones en toda Gran Bretaña. Las llamamos: “¡Yo no me hice trabajador/a social para esto!”. Teníamos la esperanza de que fueran atractivas para aquellos profesionales que rechazaban las presiones del neoliberalismo, pero que a la vez seguían pensando que el buen trabajo social es una actividad valiosa y que merece la pena defender.

Pero lo que ocurrió nos dejó asombrados. Las reuniones en Glasgow, Manchester, Liverpool, Londres y Bristol se abarrotaron de gente. Numerosos trabajadores sociales vinieron a contarnos sus experiencias. Las historias eran peores de lo que esperábamos. Pero había un claro sentimiento en las reuniones de que teníamos que posicio-

notas

¹ La siguiente entrevista ha sido traducida gracias a la labor desinteresada de Inés Martínez Herrero.

narnos. De que un buen trabajo social era digno de ser defendido, pero que el gobierno y los organismos estatales estaban menoscabando aquello que considerábamos era un buen trabajo social.

Esta respuesta fue lo que nos dio la confianza para organizar un congreso nacional de dos días (en 2004), el cual tuvo 250 participantes y en el que se acordó la creación de la Social Work Action Network -SWAN.

Desde el principio SWAN ha tratado de construir alianzas dentro del trabajo social. De manera que somos una organización formada por académicos, estudiantes, profesionales, usuarios de servicios y cuidadores. Somos una red que hace campaña. El término “action” de nuestro nombre es muy importante para nosotros. Pero también queremos redescubrir un trabajo social más radical, un trabajo social comprometido y ético y defender que el buen trabajo social “es una profesión por la que vale la pena luchar”.

Todo esto empezó antes de la crisis de 2008. Pero la crisis y la austeridad han aumentado nuestra determinación y nuestro compromiso con la lucha por un mundo más justo e igualitario.

También creemos que aunque la austeridad es el gran foco de preocupación, lo que en realidad está teniendo lugar es una profunda transformación de los sistemas de bienestar. Los poderosos están utilizando el “shock social” de la crisis bancaria para transformar radicalmente nuestros servicios públicos y de bienestar y es por eso que es tan importante para nosotros mantenernos en pie y resistir.

¿Puede darnos su opinión sobre la supervivencia de los Sistemas Públicos de Ser-

vicios Sociales en Europa para la próxima década?

El ataque representado por la austeridad y la transformación de los servicios sociales no se limita a Gran Bretaña sino que se da en toda Europa. En Gran Bretaña, muchos de estos procesos se han venido desarrollando durante los últimos treinta años. Somos el banco de pruebas del neoliberalismo. Pero desde el año 2008, este ataque ha sido mucho más grave y mucho más rápido en gran parte de Europa.

Pero es importante que entendamos que la austeridad no es inevitable. La austeridad y la transformación de los sistemas de bienestar son opciones políticas. En toda Europa los ricos y poderosos se han vuelto aún más ricos y más poderosos durante los últimos años. Ésta es su crisis, pero quieren que la gente común pague su precio.

Nos dicen que no podemos permitirnos los servicios. Pero si los evasores de impuestos pagaran su parte, si no nos involucrásemos en guerras asesinas, si no rescatásemos a los banqueros podríamos permitirnos unos servicios públicos decentes para todos.

Yo vivo en el Reino Unido. Es el quinto país más rico del mundo y, sin embargo, tenemos una de las peores tasas de pobreza infantil de Europa Occidental. ¿Por qué? Esto no es inevitable, es el resultado de decisiones políticas que anteponen los intereses de los ricos a los de los más pobres. En los últimos treinta años la brecha de la desigualdad en Reino Unido se ha hecho más y más grande. Desde 2008, esta brecha ha aumentado año tras año. Las mil personas más ricas de Gran Bretaña tienen una riqueza combinada de 519.000 millones de Euros el doble que hace tan

sólo cinco años; y sin embargo, vemos un creciente número de personas que aun trabajando tienen que recurrir a los bancos de alimentos para dar de comer a sus familias.

El problema en Europa es que todos los partidos políticos principales tienen una visión compartida sobre la necesidad de aplicar medidas de austeridad y recortar los servicios públicos. Ninguno de ellos habla de crear puestos de trabajo, redistribuir la riqueza y hacer frente a los evasores de impuestos. Pero es por eso que la situación en Grecia, con la elección de Syriza, y en España, con el desarrollo de Podemos, es tan emocionante. Por fin tenemos partidos políticos que están pronunciándose y diciendo que 'hay una alternativa'.

Lo que resulta particularmente interesante de todo esto es que en toda Europa la gente sigue todavía comprometida con el Sistema de Bienestar y los servicios públicos, con los impuestos redistributivos y con una atención adecuada a los enfermos y ancianos. Los políticos están fuera de sintonía con muchos millones de europeos de a pie. Hasta ahora no teníamos el vehículo para dar expresión a esa voz. Pero Syriza, Podemos y los partidos de ese tipo nos abren ese camino alternativo.

En España existe una Reforma de la Administración local (Ayuntamientos) dónde aquellos con menos de 20.000 habitantes perderán competencias propias en servicios sociales comunitarios en lo que respecta a la intervención social con la población. ¿Qué opinión le merece este hecho? ¿Sería posible esta situación en Reino Unido?

Me temo que no puedo comentar con demasiado detalle la situación en España. Sin embargo, lo

que me gustaría decir es que la transformación de los sistemas públicos y del bienestar social que se está produciendo en toda Europa adopta diversas formas. En algunos lugares, los servicios están siendo privatizados de una manera que es evidente: tenemos que pagar directamente por los servicios que ahora son ofrecidos por empresas. Aquí los servicios están siendo "mercantilizados" y puestos en el mercado. Pero en otras ocasiones la privatización se realiza de una forma diferente. Puede hacerse permitiendo a las grandes empresas el acceso a las arcas públicas a través de contratos para la prestación de servicios. El servicio quizá continúe siendo gratis o subvencionado para los usuarios, pero ahora el servicio está a cargo de organizaciones con ánimo de lucro. Esto sigue siendo privatización. Los intereses de estas empresas están en sus beneficios económicos y en el valor de sus acciones, no en las necesidades de los usuarios. Otras veces la transformación hace que los servicios sean transferidos al sector voluntario -y en Gran Bretaña las organizaciones del sector voluntario [tercer sector] se están viendo cada vez más forzadas a operar como empresas (y para los trabajadores de estos sectores los pagos y las condiciones son mucho peores). Y otras veces los servicios pueden ser distanciados de los proveedores locales o administraciones locales y asumidos por órganos del Estado. Esto también es parte de la transformación porque lo que aquí vemos es que queda menos espacio para el control democrático y la rendición de cuentas. En Gran Bretaña, cuando los servicios se han centralizado de esta manera, se han vuelto menos sensibles a las necesidades de los usuarios y en una etapa posterior son mucho más fácilmente vendidos de nuevo bajo una forma más clásica de "privatización".

Para mí hay una serie de elementos clave en la transformación que se está produciendo. En

primer lugar se da una privatización y mercantilización de los servicios. Pero en segundo lugar, la privatización y mercantilización son también parte de un proceso de marginación de la democracia. El intelectual árabe Samir Amin utilizó una frase para describir la propagación del neoliberalismo en el “Tercer Mundo”. Opinaba que se estaba viendo que junto a la privatización y la mercantilización se daba un proceso de “democracia superficial”. Creo que estamos viendo este proceso desarrollarse en toda Europa. Los poderosos están tratando de marginar nuestra voz de miles de formas. Tratan de menoscabar los derechos sindicales y de los trabajadores; intentan eliminar enormes áreas de la política social y pública del escrutinio público y la rendición de cuentas; se debilita el proceso electoral al parecerse cada vez más todos los partidos mayoritarios (lo que conduce al desencanto y al distanciamiento de la política), etc.

De manera que la amenaza no es sólo económica. La amenaza a nuestros derechos democráticos y sociales es tan importante como lo es la amenaza a nuestra estructura económica.

En su opinión, ¿cuál cree usted que sería el impacto de la desaparición de los Sistemas Públicos de Servicios Sociales en la ciudadanía?

¡CATASTRÓFICO!

Debemos realizar un análisis cuidadoso... ¡El Estado no es nuestro amigo! Los intereses del Estado están principalmente relacionados con la protección del capital nacional (empresas, bancos, instituciones del Estado, etc.), el mantenimiento del sistema de acumulación de capital, la salvaguarda del orden social existente, el control de

la población a diferentes niveles y la promoción y protección de los “intereses nacionales”. Como Marx sugería, el Estado es el “comité ejecutivo de la burguesía”. El Estado, en otras palabras, vela por los intereses del “capital en general”.

Sin embargo, el “capitalismo en general” es una abstracción, útil, pero una abstracción. La realidad es que vivimos en un mundo en el que numerosos sectores del capital se encuentran en competencia, por lo que el Estado tiene que equilibrar sus intereses, a menudo contrapuestos. Tiene que asegurarse que el sistema de acumulación de capital cuenta con suficientes trabajadores sanos y cualificados (por lo que se hace necesaria una fuerza de trabajo relativamente bien formada y algún tipo de sistema de salud). Además necesita asegurar la existencia de algún mecanismo para afrontar las necesidades de “la población no trabajadora” (menores, mayores, personas con discapacidad, desempleados, etc.) y la existencia de un adecuado sistema de reproducción social de la fuerza de trabajo y de las futuras generaciones de trabajadores (lo que implica que tiene un rol fundamental en las políticas de familia y mujer).

En términos de política pública y social esto implica la existencia de una contradicción. El Estado proporciona servicios que ejercen a la vez funciones de protección y control -servicios que son fundamentales para las personas- pero los cuales pueden dar lugar al control y la opresión de las mismas. Por lo tanto, debemos reclamar “más servicios”, pero también “mejores” servicios; servicios que sean anti-opresivos, que nos permitan “hablar claro a los poderes”, que cuestionen las relaciones de poder. En este sentido, como trabajadores sociales, estamos “dentro y en contra” del Estado.

Pero la razón por la que debemos apoyar los servicios públicos es que éstos se encuentran fuera de la influencia de las desigualdades del mercado, son (o deberían ser) gratuitos, cuentan con algún tipo de legitimidad y (aunque débil) control democráticos, garantizan la atención a los más débiles y vulnerables (aunque, no olvidemos, estos servicios puedan carecer a menudo de los recursos necesarios o resultar por otros motivos inadecuados). Pero en este sentido representan un nivel de protección diferente y alejado de las operaciones del mercado incontrolado, cuyas consecuencias perniciosas sufren en mayor medida los más pobres y vulnerables.

Es usted Director de la revista *Critical and radical Social Work*, una joven publicación en trabajo social cuyo título -Trabajo social Crítico y radical- nos recuerda el movimiento de la reconceptualización iberoamericano de los años sesenta. ¿No estaba superaba esta visión del trabajo social en una Europa construida sobre Estados de Bienestar defendidos por gobiernos social-demócratas? ¿Por qué es necesario hablar nuevamente de Trabajo social radical?

Iain Ferguson y yo (directores de la revista) nos consideramos parte de la tradición del trabajo social radical. Nuestra visión es que ésta ha sido una parte importante del trabajo social desde sus inicios.

El trabajo social es una profesión controvertida. Allí donde existe el trabajo social, existen profesionales dispuestos a implementar políticas opresivas e incluso abusivas. Hubo trabajadores sociales que trabajaron en la Alemania Nazi. En España y Grecia, bajo los regímenes de Franco y de la junta militar Griega respectivamente, nume-

rosos trabajadores sociales estuvieron implicados en retirar niños a “familias rojas”. En América Latina, hubo trabajadores sociales que ejercieron tranquilamente su profesión bajo los regímenes dictatoriales mientras algunos de sus colegas de profesión languidecían encarcelados o se convertían en víctimas de los asesinatos de estos regímenes. En Gran Bretaña, hubo trabajadores sociales implicados en el “transporte” de niños a Canadá y Australia en los años 50 y 60 del siglo XX, donde algunos fueron, como consecuencia, terriblemente maltratados.

Pero hay muchísimos más trabajadores sociales comprometidos con mejorar las vidas de los individuos y comunidades con los que trabajan. Estos profesionales entienden que un buen trabajo social, basado en el apoyo y la ayuda a sus usuarios, requiere recursos y, frecuentemente, la reforma de las estructuras políticas y sociales existentes. Trabajadores sociales que quieren acabar con la pobreza y la opresión y entienden que para ello se necesitan cambios y reformas.

Pero además, siempre ha habido un grupo de trabajadores sociales que han defendido que la pobreza, la desigualdad y las injusticias que vemos a nuestro alrededor son el producto del tipo de sociedades en que vivimos y las prioridades que éstas marcan (el interés de los beneficios de los mercados por delante del interés de las personas). Es aquí donde se sitúa la tradición del trabajo social radical. Lo que queremos es abordar las “causas públicas del sufrimiento y trauma privado” y creemos que esto implica hacer frente a las estructuras injustas del capitalismo moderno.

En la revista estamos recopilando datos y experiencias de distintos países que evidencian la existencia de una rica y larga tradición de trabajo

social radical. En España, por ejemplo, existieron durante la Guerra Civil algunos proyectos maravillosos de trabajo social. Proyectos ligados a las Mujeres Libres, o a algunas de las Colonias Infantiles donde se utilizaron el arte y el teatro para abordar las experiencias de trauma y pérdida de los niños huérfanos.

Así que nuestra visión es que la tradición radical es variada, rica, poderosa y tiene mucho que ofrecer a los académicos y profesionales del trabajo social ante la crisis actual. Se trata de una tradición viva. A lo largo y ancho del mundo hay trabajadores sociales ejerciendo su profesión de maneras que desafían estructuras opresivas, que hablan claro ante los gobiernos, que son innovadores y creativos en su forma de trabajar.

De manera que la revista trata de capturar todo esto. Tenemos artículos académicos que cuestionan las corrientes actuales de pensamiento, proponiendo como alternativa diferentes enfoques radicales de trabajo social. Tenemos una sección que se llama “Voces desde la Primera Línea”, la cual ofrece un espacio a los profesionales para hablar de campañas en las que están involucrados o sobre ejemplos de buenas prácticas y métodos innovadores de trabajo social. Otra sección, llamada “Pioneros Radicales”, busca recuperar y transmitir las ideas y trayectorias de pensadores clave del trabajo social radical. Y también tenemos una sección de “Comentarios” donde la gente puede reflejar sus críticas a los desarrollos de políticas que les afectan o debatir las contribuciones de los autores. Esta última sección es vital porque consideramos que nuestra tradición radical se desarrolla cuando está viva, abierta y comprometida con temas clave de actualidad. ¡Y porque no creemos que tengamos todas las respuestas! El debate nos hace más fuertes y nos ayuda a clarificar nuestras ideas.

¿Considera usted que los trabajadores sociales han perdido su capacidad de ser la “voz” de la población más vulnerable ante las instituciones?

Los trabajadores sociales están sometidos a enormes presiones. Tienen grandes cargas de trabajo y a menudo trabajan en circunstancias muy desfavorables. Están sometidos a todo tipo de presiones burocráticas y políticas. En estas circunstancias lo fácil sería no decir nada, bajar la cabeza y simplemente “procesar” los casos de la gente con la que trabajan.

Pero el trabajo social es una carrera ética, nuestros valores nos exigen actuar de manera ética. De aquí que, en mi opinión, efectivamente nos corresponde “ser la voz” de los más vulnerables. Tenemos una posición muy privilegiada ya que hemos sido formados y entrenados para trabajar junto a algunas de las comunidades más vulnerables de nuestras sociedades. Este privilegio conlleva una responsabilidad.

Si nosotros dejamos de defender a los más vulnerables, ¿quién lo hará? Y si no lo hacemos ahora que tantos afrontan terribles circunstancias, ¿entonces cuándo lo haremos?

Pero si queremos defender a nuestros usuarios frente a las instituciones y poderes debemos cuidar también de nosotros mismos para no convertirnos en “mártires” individuales. Debemos defenderles y denunciar sus problemas colectivamente. Colectivamente nos hacemos fuertes y la acción colectiva nos proporciona la protección que necesitamos.

¿Cree usted que la Universidad, en su país, forma a los futuros profesionales del trabajo social para ejercer funciones de

control social de la población o más bien para promover su liberación de las estructuras que les mantienen subyugados en la precariedad del capitalismo? ¿Cuál es la actual tendencia?

¡Qué buena pregunta!

La formación en trabajo social en Gran Bretaña ha experimentado cambios significativos durante los últimos años.

En primer lugar existe una creciente divergencia entre Escocia, por un lado, e Inglaterra y Gales por otro. El BA o Grado de Trabajo Social dura en Inglaterra tres años, mientras que en Escocia es un programa de cuatro años. Esto significa que en Escocia existe la posibilidad de explorar más ampliamente que en Inglaterra temas de ciencias sociales relevantes para el trabajo social.

En Inglaterra los programas de trabajo social están además altamente regulados por el “Health and Care Professionals Council” y el “College of Social Work”. En Escocia, sin embargo, existen diferentes autoridades reguladoras de la profesión y el “College of Social Work” no tiene autoridad.

La alta regulación de los estudios de trabajo social en Inglaterra implica que alrededor del 65 por ciento de los contenidos son muy similares en todas las Universidades. Pero el 35 por ciento restante sí deja espacio para que las universidades “pongan su propio sello” en la formación que imparten. En mi universidad utilizamos este espacio para enseñar sobre distintas corrientes y modelos de trabajo social, para trabajar en el entorno local en que se asienta la universidad, para explorar cuestiones de trabajo social internacional y para promover aquellas aproximaciones al trabajo so-

cial más comprometidas, colectivas y críticas. Sin embargo, no todos los cursos hacen esto, muchos son menos críticos y se centran en una formación más superficial y conservadora.

Además, durante los últimos años hemos visto la proliferación de una serie de vías, promovidas por el Gobierno, por las que se forma a trabajadores sociales fuera de las universidades e Instituciones de Formación Superior. Esto tiene una motivación política, ya que el Gobierno desea desplazar la formación de trabajo social fuera de las universidades y lejos de los que ellos ven como académicos críticos. Los profesores que enseñan sobre los valores del trabajo social, sobre las causas públicas del dolor privado o sobre la posibilidad de un trabajo social que promueva la justicia social son vistos como altamente problemáticos por los gobiernos más recientes del país, quienes promueven un trabajo social que, en palabras del ex primer ministro John Major, se preocupe menos de “comprender de los problemas sociales” y esté en cambio preparado para “condenar un poco más”. ¡Culpemos a las personas de su pobreza, no al sistema!

El programa “Step Up to Social Work” ofrece una vía rápida a los “buenos” graduados en distintas materias que desean ejercer como trabajadores sociales. Se les forma desde el puesto de trabajo, centrándose únicamente en el trabajo de protección de menores. También reciben formación mediante cursos intensivos en la universidad. Pero su rol principal es el de empleados en período de formación, siendo su rol de estudiantes universitarios muy secundario.

Esta tendencia se ha desarrollado en mayor medida recientemente, con la introducción de otros dos nuevos programas similares: “Frontline” y “Thinking Ahead”. Estos programas, privatizados,